

INFORMACION ACADEMICA

**DOCTOR SALVADOR BERMUDEZ ZATARAIN  
IN MEMORIAM**

MIGUEL E. BUSTAMANTE

El académico doctor Salvador Bermúdez Zatarain, cuya memoria recuerda hoy de modo especial nuestra Corporación, dedicó gran parte de su vida profesional a la enseñanza de la higiene y de las materias relacionadas con ella, tanto directamente en el aula como por medio de los libros de los cuales fue autor.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina en 1926, a la edad de treinta años; habiéndose distinguido tempranamente en los estudios de educación preparatoria en su nativa ciudad de Durango recibiendo premios por sus calificaciones anuales. Hizo su carrera profesional en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional y el 15 de noviembre de 1921, se graduó como médico cirujano.

Mostró su predilección por el estudio de los problemas de la salubridad del país

cuando, después de ser practicante numerario del Hospital Juárez en 1918 y 1919, participó como estudiante de medicina vacunador en la campaña contra la viruela, dirigida por el recientemente fundado Departamento de Salubridad Pública.

Al cursar el año final de su carrera el estudiante Bermúdez, nuestro país fue invadido por la peste bubónica introducida por ratas infectadas que llegaron de Nueva Orleans a Tampico y Veracruz que fueron afectados y además produjeron, al ser transportadas tierra adentro, un foco en torno a la estación de ferrocarril de Cerritos, San Luis Potosí. Todos los brotes de plaga fueron extinguidos en 1920 por las autoridades sanitarias y por constituir la epidemia un tema importantísimo, el estudiante de medicina Salvador Bermúdez

dez, escogió para su tesis profesional: *La peste bubónica*. En ella incluyó metódicamente la información teórica y práctica de que se disponía, así como la experiencia en la lucha contra la peste, por lo cual su tesis fue muy útil para el personal de las brigadas encargadas de combatir la enfermedad y para todos los médicos.

Por su capacidad y disciplina, se comisionó al doctor Bermúdez, ya como médico, para hacer estudios de postgrado en el Instituto Rockefeller de Nueva York y en Hagerstown, Filadelfia. En ese lugar expuso en entrevista con algunos periodistas, la situación sanitaria y política de México en época en la que la prensa extranjera daba malas noticias sobre la situación de nuestra Patria, las que contrastaron con la de la eliminación de la peste en pocos meses y el hecho de que se encontraran en el extranjero, enviados por nuestro gobierno, médicos para especializarse en la nueva carrera de higienistas universitarios, recientemente creada en los Estados Unidos de América.

En efecto, el Departamento de Salubridad Pública interesado en la preparación en higiene de médicos mexicanos, comisionó al doctor Bermúdez y al doctor Gabriel Garzón Cossa para que con beca de la Fundación Rockefeller, hicieran estudios en los Estados Unidos de América en 1922; la Universidad Nacional por su parte envió a París al doctor Bermúdez en el verano de ese año. Fue el doctor Salvador Bermúdez el primer médico mexicano que obtuvo el Certificado de Salud Pública en la flamante Escuela de Salubridad e Higiene de la Universidad de Johns Hopkins en Baltimore, recibiendo su diploma el 12 de junio de 1923.

A su vuelta al país en el cual había sido ayudante de la clase de higiene, reanudó

su labor en 1924 en el curso a cargo del doctor Octaviano González Fabela, año en el cual lo conocí, como alumno de la materia. A partir de 1926 ocupó la cátedra como profesor titular, desempeñándola durante cuarenta años consecutivos, lo que constituyó una de sus mayores satisfacciones en la Escuela de Medicina, en la que se le designó profesor examinador de tiempo completo.

El Departamento de Salubridad Pública lo nombró, en 1925, director de la Escuela de Salubridad, fundada en 1921 por los doctores Gabriel Malda y Alfonso Pruneda; establecimiento que actualmente como Escuela de Salud Pública, otorga al cumplimiento de los programas de estudio, certificados de especialización a médicos, ingenieros, antropólogos, estadígrafos, enfermeras y laboratoristas. El doctor Bermúdez tuvo también a su cargo cursos para médicos visitantes sanitarios y para enfermeras visitadoras, en la época del doctor Bernardo J. Gastélum, jefe del Departamento de Salubridad, eminente impulsor de la sanidad nacional, quien envió al extranjero a especializarse a varios grupos de médicos recientemente graduados, seleccionados por concurso, comisionados para estudiar en los mejores centros de enseñanza de las ciencias sanitarias, también con becas de la Fundación Rockefeller, a fin de que, a su regreso al país, se encargaran de instituciones como el Instituto de Higiene, los Laboratorios de Salubridad y las Unidades Sanitarias en los albores de la implantación de programas modernos de administración sanitaria local y general en México.

Poco antes de ingresar a la Academia el doctor Bermúdez volvió a los Estados Unidos de América a estudiar los procedimientos seguidos para la preparación

de la vacuna antivariolosa y se le encargó la elaboración de ese producto biológico en la sección correspondiente del Instituto de Higiene.

Entre sus actividades docentes, académicas y administrativas, estuvieron la dirección de la Escuela de Enfermería de la Universidad y la jefatura de la Oficina de Alimentos del Departamento de Salubridad Pública, en el cual fue miembro de varias comisiones técnicas.

Escribió en 1927 su primer libro: *Medicina preventiva e higiene*, usado como texto por los alumnos de la Escuela de Medicina; le siguieron: *Nociones de higiene* destinado a la Escuela de Enfermería, *Técnicas de trabajo social*, *Psicología aplicada*, *Higiene mental*, *Organización de hospitales*, *Moral profesional para enfermeras* y, finalmente, su *Manual de primeros auxilios*.

En la Academia Nacional de Medicina fue secretario anual en 1931. Presentó varios trabajos relacionados con la vacunación contra la tuberculosis: *Las medicinas de patente y la salubridad pública*, *La profilaxis de las caries dentales por el flúor*, *La clínica del hombre sano*, *Nuevas tendencias de la vacunoprofilaxis y de la vacunoterapia*.

Su recepción oficial en la Academia, se efectuó en la sesión solemne del 28 de mayo de 1938, en unión de los doctores Gustavo Baz que pronunció el discurso en nombre de sus compañeros y Manuel Madrazo; contestó el discurso el eminente

doctor y maestro don Alfonso Pruneda, Secretario Perpetuo de la Corporación.

En la sesión dedicada por nuestra Institución Científica a conmemorar el CL aniversario del descubrimiento de la vacuna antivariolosa por el inmortal Eduardo Jenner, el doctor Bermúdez leyó un trabajo muy bien documentado sobre: *La vida y la obra de Jenner*.

El 14 de julio de 1954 se le concedió pasar a la categoría de socio titular y aunque disminuyó en parte su aportación académica, continuó escribiendo hasta su muerte el 13 de agosto de 1972.

Laboró como consultor en la formulación y la preparación de los combustibles con tetraetilo de plomo y por su vigilancia y cuidado, evitó que se produjera entre los obreros y técnicos que manejan este compuesto, algún caso de intoxicación por el plomo.

Fue el doctor Salvador Bermúdez un hombre culto, siempre cortés en sus relaciones con sus compañeros y con sus alumnos, en las Escuelas de Medicina, de Salubridad, de Enfermería y de Trabajo Social.

Frecuentemente expresó que la máxima satisfacción de su vida profesional era la de haber pertenecido a la Academia Nacional de Medicina y haber cultivado el contacto científico y la amistad con sus miembros a quienes siempre estimó, los que ahora lamentamos su fallecimiento y lo recordamos como amigos, junto con los alumnos que recibieron su enseñanza.

## DOCTOR JESUS ARROYO IN MEMORIAM

ISAAC COSTERO

Durante el pasado periodo de sesiones tuvimos la pena de perder a uno de los más antiguos miembros de nuestra corporación, el doctor Jesús Arroyo Avila. Había nacido en 1888 en el Municipio de Chalchihuites, Zacatecas, hijo de un matrimonio formado por profesores de enseñanza primaria. Hizo sus estudios básicos en Zacatecas, Chihuahua y Guadalajara, para prepararse en la profesión médica en la Escuela Nacional de la Universidad de México, donde se recibió en 1911. La Universidad le concedió el título de doctor en Ciencias Biológicas en 1932.

Era el doctor Arroyo hombre de baja estatura y movimientos calmados; su voz suave y persuasiva reflejaba un tesón poco común por el trabajo científico; al menos, yo nunca lo oí hablar sino de sus actividades en el laboratorio y de su profunda admiración por cuanto pudiese constituir un avance en el conocimiento. Me resulta muy difícil recordar a don Jesús Arroyo sin imaginármelo junto al doctor Tomás Gutiérrez Perrín, siete años mayor que él, a quien respetaba como a un hermano mayor y de quien fue entrañable colaborador y amigo durante medio siglo. Ambos fueron los precursores del laboratorio clínico en México. El doctor Perrín, también largos años miembro de esta Academia, había tenido la inmensa fortuna, a los ojos del doctor Arroyo, de trabajar junto al doctor Santiago Ramón y Cajal. El doctor Arroyo nunca se cansó de escuchar al doctor Perrín las mil minucias referentes al maestro de tantas generaciones de

laboratoristas, ni el doctor Perrín se fatigaba ni perdía un átomo de entusiasmo cuando, una vez más, las repetía a su dilecto amigo. Quizá el día más feliz del doctor Arroyo fuese aquel en el que, en esta misma Academia, entonces con su local oficial ubicado en el segundo patio de la antigua Escuela Nacional de Medicina, allá en la señorial Plaza de Santo Domingo, le fuera encargada la tarea de presentar oficialmente a la corporación al profesor Pío del Río Hortega, prolongación viva de la escuela de Cajal, que visitara México como invitado especial del Gobierno.

El doctor Arroyo fue un minucioso técnico, que movía sus pequeñas manos de dedos regordetes, pero muy ágiles, entre tubos de ensayo, pipetas y frascos multicolores, con agilidad y seguridades de experto. La gran mayoría de los 80 trabajos que publicara durante su larga vida, 30 de ellos presentados en la Academia, contienen recursos técnicos obtenidos de su minuciosa práctica, y todos se relacionan con resultados y aplicaciones de los análisis clínicos. Ya su tesis recepcional versó sobre serodiagnóstico de la sífilis. Tales trabajos demuestran cómo siempre estuvo al día en su especialidad. Su última contribución fue una larga serie de artículos en los que resumió toda la labor mexicana en anatomía patológica.

Pero, además de sus limpias actividades profesionales, fue un maestro que dedicó a la enseñanza una gran parte de sus esfuerzos. En 1908, aún antes de reci-

bir su título profesional, inició sus labores pedagógicas, primero como profesor de clínica y, desde 1915, como profesor de histología. Ingresó en la Academia en 1919 y entonces, además de leer un trabajo de ingreso sobre las aplicaciones en la clínica del laboratorio biológico, hizo el elogio de su antecesor, el doctor Demetrio Mejía, según la costumbre de esa época. Durante su vida académica fue trece veces comisionado para representar a sus compañeros de corporación en ceremonias y jurados. Pertenecía además a las Sociedades de Medicina Interna, Antonio Alzate, Para Evitar la Ceguera, de Biología, de Hematología y de Microbiología. La Facultad de Medicina le otorgó una medalla conmemorativa cuando cumplió 25 años de labor docente y la Cruz Roja Española le entregó otra por la labor desinteresada que realizó durante muchos años en favor de los enfermos indigentes en el Sanatorio Español de México.

El doctor Jesús Arroyo fue siempre fiel a sus elevados principios éticos, a su moral intachable y a la ciencia, que absorbieron toda su atención privada y profesional.

Tuve la fortuna de conocer, junto a su cama de inválido, a la compañera de toda su vida, doña Anita, pocos meses antes de su deceso. Nunca olvidaré el modesto dormitorio donde él yacía, imposibilitado por un número muy elevado, y creo que nunca determinado exactamente, de frac-

turas, unas soldadas, otras con insuficiente consolidación y algunas en pseudoartrosis, consecuencia lamentable de un accidente automovilístico acontecido cuando, a pesar de sus muchos años, disfrutaba de la mente lúcida de un hombre maduro. Como no tuviera hijos, el anciano matrimonio compartía sus penas y limitaciones económicas, él dictando a una de sus ahijadas datos e ideas para publicaciones que nunca verían la tinta de imprenta, ella siempre sonriente, arreglada como una novia, coronada con los cabellos más blancos y más hábilmente peinados que yo haya podido ver, charlando sin cesar para ocultar su total sordera. En medio de sus penurias y desgracias se les sentía agobiados, pero no infelices, porque estaban juntos, se tenían y se comprendían el uno al otro.

También fue el doctor Arroyo tenazmente fiel a su tiempo. Respetó a sus maestros, se entregó a sus alumnos, nunca olvidó a sus amigos ni renunció a las ideas de su siglo. Sin ocupar grandes puestos, no pasó inadvertido. En un término medio discreto, tuvo la inmensa fortuna de representar con sencilla gallardía y genuina humildad al hombre laborioso de su generación, dejando fluir su larga vida ni envidioso ni envidiado. Su recuerdo quedará igual entre nosotros: un mexicano que cumplió rectamente y sin vacilaciones con sus responsabilidades de ciudadano ejemplar.